Un mapa literario de Barcelona

Mapa 10

Ámbito 1:

Barrio del Besòs y el Maresme

BARCELONA CULTURA
Ajuntament de Barcelona

Ámbito 1:
Barrio del Besòs y el Maresme
Ruta literaria

Duración de la ruta: 1.10 h

Cómo llegar : M El Maresme Fòrum L4, Tranvía T4 parada Fòrum.

1 Plaza Llevant

2 Parque del Camp de la Bota y Pequín

3 Calle Anaïs Nin

4 Calle Francesc de Borja Moll

5 Rambla de Prim
6 Asociación de vecinos del barrio del Besòs
7 Calle Marsala
8 Calle Cristóbal de Moura, 230
9 Biblioteca Ramon d'Alòs-Moner
10 Calle Bolívia
11 Avenida La Catalana

1.

Plaza Llevant

(Al lado del Museu Blau)

El barrio del Besòs (por el río) y el Maresme (por las ciénagas que cubrían toda la zona) cuenta con casi 25.000 habitantes, y limita con la villa de Sant Adrià de Besòs. En este punto, concretamente en el Hotel Barcelona-Princess, nace una de las vías más famosas de Barcelona: la Diagonal.

«Cómo ha cambiado Barcelona en unos poco años —suspiró el padre Romanyà a la altura de Diagonal con el cinturón de Ronda—. ¡Cómo ha cambiado, en bien y en mal! Tú quizás no puedes recordarlo, pero aquí, donde ahora ves esos desafíos de la arquitectura moderna, ¡aquí había barracas...! ¡Qué ofensivos en su hermosura estos rascacielos! Tú no puedes imaginarte con cuánto sudor y

sangre fueron construidos. ¡El milagro de nuestro desarrollo! ¡Insensatos!»

(**José Luis Giménez-Frontín**, *El idiota enamorado*, 1982)

Dejamos atrás el Museu Blau y caminamos en dirección al mar, hasta el monumento Fraternitat.

2.

Parque del Camp de la Bota y Pequín

Una de las obras literarias más destacadas sobre el barrio del Besòs es *Calle Bolivia*, de Maria Barbal. Nacida en Tremp (Pallars Jussà) en 1949, obtuvo un sonado éxito internacional con su primera novela, *Canto rodado* (1985). Si este texto estaba ambientado en la posguerra, en *Calle Bolivia* (1999) trasladó la acción a los años sesenta del siglo XX. Los protagonistas son Lina y Néstor, un matrimonio de Linares (Jaén) que decide emigrar a Barcelona en busca de un futuro mejor. Esta es la primera impresión que le causa a ella el barrio:

«Bajamos en una de las paradas del setenta [...] Echamos a andar los cuatro, Néstor con Carlota en brazos, atravesamos descampados cubiertos de barro seco entre bloques en construcción. Doña Pepita preguntó si aquella parte también era Barcelona, ya ves tú, y Tomàs

aprovechó la recua de comentarios de la respuesta para soltar una serie de chistes sobre Franco y sus discursos».

Maria Barbal, *Calle Bolivia*

Camp de la Bota y Pequín eran dos barrios de barracas que ocupaban parte de lo que es ahora el recinto del Fòrum. Durante la Guerra Civil y el franquismo, los fascistas utilizaron este lugar para fusilar republicanos.

«Cuando llegaba el calor íbamos a la playa. Sierrita me guiaba, atravesábamos la calle Llull y acabábamos aterrizando siempre en el campo de la Bota. [...] Cuando ya ni me acordaba, porque nos habíamos bañado e incluso habíamos comido un poco, me contó que ella los había visto caer de aquella manera, un poco más arriba, "no te creas", un día de madrugada que la despertaron unos tiros y se echó corriendo a la calle y vio a unos hombres que caían de aquel modo y después, enseguida, los que disparaban se llevaban los cuerpos a rastras hasta un camión y los cargaban. Y que había recordado siempre cómo caían. Tenía dieciséis años entonces, y hacía dieciséis de aquello, porque justo después habían podido trasladarse al Besós. Y yo le pregunté que quiénes eran, pero ella de eso no sabía nada y "mejor no conocerlos, ¿no te parece?", me dijo».

Maria Barbal, *Calle Bolivia*

En 1992 se instaló aquí el monumento Fraternitat (a los fusilados del Camp de la Bota), del artista valenciano Miquel Navarro. Al pie del monumento hay una placa con un poema, *Aniversario*, que Màrius Torres escribió pocos meses antes de morir:

> «Que en mis años la alegría vuelva a dar
> comienzo sin ninguna cicatriz del espíritu borrar.
> Oh, Padre de la noche, del mar y del silencio,
> yo quiero la paz, pero no quiero olvidar».

Desandamos el camino para volver a la plaza Llevant y, a mano derecha, entramos en la avenida Eduard Maristany; la cruzamos y, unos cuantos metros más adelante, encontraremos la calle Anaïs Nin a mano izquierda.

3.

Calle Anaïs Nin

Cuando Anaïs Nin (1903–1977) tenía 10 años, vivió una temporada en Barcelona. Era 1913 y, su madre, la cantante de ópera Rosa Culmell, se había instalado con sus tres hijos en casa de sus suegros (calle Llúria, 52), huyendo de un matrimonio infeliz con el músico Joaquín Nin. En un intento por explicarse la vida como una aventura, pero también por tener un medio de comunicación con su padre ausente, la niña Nin empezó a escribir sus pensamientos en francés. De ese modo, su famoso diario se inicia el 25 de julio de 1914, con un sentido adiós a la ciudad de Barcelona:

«ÚLTIMA MIRADA A BARCELONA Y ÚLTIMOS PENSAMIENTOS. Las montañas se yerguen con majestuosa belleza. El sol poniente muestra los últimos y pálidos rayos. Aquí y allá, el cielo azul está sembrado de nubecitas blancas. Entre estos paisajes se atropellan en mi mente diversos pensamientos. Vamos a abandonar Barcelona, este país tan hermoso. No volveremos a ver este cielo azul que tanto me gusta. No volveré a besar la dulce cara de la querida abuela. No volveré a entregarme a los indecibles pensamientos que me embargaban por la tarde cuando me acodaba a la barandilla del balcón, en el silencio de la noche. Y, por último, me entristece pensar que estamos dejando el país que ha sido para nosotros una madre y como una mascota».

***Anaïs Nin**, Diario de infancia (1914–1918).*

Caminamos unos metros de subida hasta encontrar, a mano izquierda, la calle Pierre Vilar. La recorremos, para desembocar poco después en la calle Francesc de Borja Moll, en sentido perpendicular.

4.

Calle Francesc de Borja Moll

Francesc de Borja Moll (1903–1991) fue un filólogo, dialectólogo y editor menorquín. Hijo de familia humilde, su vida dio un giro radical cuando en 1917 conoció a Antoni Maria Alcover, clérigo, escritor y filólogo. Ante el potencial de aquel joven, el clérigo le pidió que le ayudase a elaborar una gran obra que tenía entre manos: el Diccionario catalán-valenciano-balear. Cuando murió Alcover, Moll continuó como único redactor del diccionario, que hoy en día se conoce merecidamente como Alcover-Moll. En 1962, tras 45 años de trabajo, puso punto final a la obra, que ocupa 9.850 páginas divididas en diez volúmenes y contiene más de 160.000 artículos.

«Aquella primavera llegó el momento, tan deseado, de estampar la última hoja del Diccionario. Con aquel zumbido, que tantas veces había soñado ver impreso, el diccionario estaba acabado. Había llegado a buen término una obra que parecía irrealizable por ser demasiado extensa y demasiado combatida, y por correr el riesgo de tener que ser interrumpida indefinidamente por mi propia muerte o invalidez. No salía de mi asombro. Era un sentimiento de liberación y de victoria imposible de expresar con palabras».

Francesc de Borja Moll, *Los otros cuarenta años* (1975)

Avanzamos por la calle hasta encontrarnos con la calle Llull. Caminamos a la izquierda hasta cruzarnos con la rambla de Prim.

5.

Rambla de Prim

Ante la nueva ola de inmigración recibida en los años cincuenta, el Ayuntamiento de Barcelona decidió urbanizar algunos campos de cultivo que había entre Poblenou y el río Besòs. La rambla de Prim no se urbanizó hasta el año 1982. Hasta entonces, en lugar de la rambla, por allí discurría la riera de Horta, y cuando caían fuertes aguaceros quedaba todo inundado. La gente necesitaba un techo desesperadamente:

«A nuestro alrededor todo era polvo y barro, montañas de material y edificios que se levantaban en un abrir y cerrar de ojos. Hacían tanta falta los pisos que la gente encendía hogueras para que se secaran antes el cemento y el yeso y poder así entrar a vivir en las viviendas».

Maria Barbal, *Calle Bolivia*

Subimos caminando hasta el número 64 de la rambla de Prim.

6.

Asociación de vecinos del barrio del Besòs

Rambla de Prim, 64

La Administración pública anunció durante años que se iban a construir escuelas, pero estas nunca llegaban. Para suplir la falta de centros docentes, se instalaron los barracones utilizados por los albañiles que habían levantado el barrio, y la gente no estaba contenta.

«Cuando llegamos a la calle Prim vimos a un grupo de gente alrededor de un barracón. En una pizarra que había en la calle se leía "Escuelas provisionales". Alguien había traído una cinta métrica y estaban tomando medidas. Carlota encontró a unas compañeras del colegio y se pusieron a jugar mientras la vecina del piso de Daniel, a la que hacía cuatro días que conocía, me hablaba de su padre que, desde que había llegado del pueblo, eran de Pontevedra, no había vuelto a pisar la calle. Yo había visto a un viejo con la mirada perdida en el balcón de al lado. La gente se había congregado alrededor del barracón, sobre todo mujeres y niños, y descubrí a Sierrita en el grupo donde ya estaban gritando que querían escuelas decentes. De pronto me di cuenta de que había perdido de vista a Carlota y no me podía mover. La vecina de Daniel seguía hablando del berrinche de su padre. Se hizo

un silencio mientras bajaban policías de dos furgonetas que habían parado a poca distancia de la gente. No pasa el tiempo, pensé»

Maria Barbal, *Calle Bolivia*

Seguimos subiendo hasta la calle Ferrer Bassa, que queda a mano derecha. La recorremos durante 280 metros hasta encontrar, a mano izquierda, la calle Marsala.

7.

Calle Marsala

El escritor mallorquín Miquel Bauçà (1940–2004) tituló su primera novela con el nombre de esta vía: *Calle Marsala*. Aunque la calle no aparece en la obra en ningún momento, se sabe que la eligió porque en ella vivía su amigo Jordi Coca, que también era escritor. Se trata de un libro de difícil clasificación, que está escrito en un catalán moderno, depurado y genuino.

En el texto, que podría parecer un dietario, se muestran los pensamientos del protagonista, un personaje que lee a Ausiàs March y Jordi de Sant Jordi, que vive aislado al fondo de la gran ciudad y que, siempre que puede, evita cualquier tipo de integración en el vecindario.

«Y ahora, ¿por qué no puedo estar contento? Nada me lo impide. Todo me incita a ello. En el fondo, sólo depende de mí. Basta con no taparme más la boca, cerrar el paraguas, caminar sin ofuscarme, dejar el cornetín, abrir las cortinas y encender el fuego. Los negocios hay que dejarlos para los hijos de los notarios: son ellos los que saben tocar el piano, al menos una polca. Si quieren, pueden hacerlo. A veces se hacen de rogar, sobre todo cuando sale alguna chica con una gardenia y avanza hacia al centro sonriendo. Entonces caen rendidos. Y tocan. Pienso: habría que destruir la Torre de Pisa, con Diana Ross. Pero ella no deja de hacer galas y yo no salgo del Policlínico. Las enfermeras no me hacen caso. No vale con desmayarse: hay que saber dejar caer la copa sin clavarse los cristales».

Miquel Bauçà, *Calle Marsala*

Subimos por la calle Marsala y, cuando nos encontremos en la calle Pere Moragues, caminamos hacia la izquierda hasta llegar a la calle Messina, que queda a mano derecha. A pocos metros, veremos la calle Cristóbal de Moura. Si caminamos unos metros a mano izquierda, llegamos en un momento al número 230.

8.

Calle Cristóbal de Moura, 230

En mayo de 1977, los inquilinos del número 230 de la calle Cristóbal de Moura tuvieron que salir del edificio a toda prisa. Debido a que los cimientos, que habían formado parte del antiguo delta del Besòs, estaban mal asentados, algunos pisos estaban llenos de grietas. Tras la movilización de los vecinos, el Ayuntamiento encargó reformas estructurales en los edificios afectados. Uno de los arquitectos responsables de estas reformas era el poeta Joan Margarit.

«Las ventanas, de noche, con luz amarillenta,
son ojos que rodea el rímel del asfalto.
Recuerdo el piso: una bombilla enferma,
perros y niños, un colchón en el suelo.
En aquella cocina sin puerta, envenenada,
junto a un montón de platos descompuestos,
pone un joven sus discos de trapero
en un viejo *pick-up*. Y todos son de Bach.
La luna hace brillar los cables negros
de alta tensión que pasan sobre el río.
En la tierra de nadie, bajo el paso elevado
de la autopista, duermen los coches
de segunda mano. Únicamente Bach,
este mundo no tiene otro futuro».

Recordar el Besós (1980), en *Los motivos del lobo* (1993)

Seguimos caminando por la calle Cristóbal de Moura hasta que lleguemos de nuevo a la rambla de Prim. Andamos unos cien metros y nos encontraremos con el edificio que ocupa los números 87-89.

9.

Biblioteca Ramon d'Alòs-Moner

Esta biblioteca lleva el nombre de Ramon d'Alòs-Moner (1885–1939), un hombre totalmente vinculado a las letras catalanas. D'Alòs-Moner, que trabajaba en la Biblioteca de Catalunya, fue el encargado de organizar una exposición del libro catalán durante el I Congreso Internacional de la Lengua Catalana (Barcelona, octubre de 1906), ejerció de secretario general del Institut d'Estudis Catalans y estudió a fondo la obra de Arnau de Vilanova, Ramon Llull y Dante Alighieri, así como la figura de Sant Jordi y las leyendas medievales que tratan sobre él.

Esta biblioteca, especializada en flamenco, cuenta con una colección de CD y libros técnicos, además de novelas, sobre el mencionado género musical y de baile. Son muchos los autores catalanes que han incluido algún pasaje relacionado con el flamenco en sus relatos: Gil de Biedma, Pla, Mendoza, Matute, Laforet, Candel, los Goytisolo, Marsé... O Montserrat Roig, que en *Tiempo de cerezas* (1977) describe una boda de esta forma:

> «Alguien comenzó a gritar ¡vivan los novios!, y un chavalillo que llevaba una buena pítima, bramaba sin cesar, ¡que se besen el pico! Y otra vez, ¡vivan los novios! Y todos venga a reír. [...] La hermana de En-

carna se levantó de repente y se encaramó en lo alto de una silla. Se remangó las faldas, qué ordinaria, dijo la muchacha de cara anémica, Rosalía, con las faldas levantadas, agitaba los muslos de carnes fofas y meneaba el culo como una barca en alta mar y en plena tempestad. Fotografiaron la escena de Rosalía mientras meneaba el culo. Un hombre con boina, la piel colorada como un tomate, bigote gris y labios torcidos, gritaba, ¡que se le vea la otra pata! Encarna estaba lívida, se mareaba, ¡y aquel corchete que se le clavaba en el muslo le hacía un daño de mil demonios! El muchacho que estaba trompa aún seguía con lo de ¡vivan los novios! y el eco contestaba ¡que se besen el pico! Otro, con unas largas patillas rubias y rizadas, tocaba la guitarra y su mujer, rodeada de chiquillos, le miraba con aire de perrillo perdido. Parecía una niña. El marido cantaba serranas. En otro lado, un hombre de ojos pequeños y separados y nariz aplastada se desgañitaba por soleares».

Montserrat Roig, *Tiempo de cerezas*

Seguimos subiendo por la rambla de Prim hasta toparnos a mano izquierda con la calle Bolívia, a unos 150 metros.

10.

Calle Bolívia

Ya nos encontramos en la calle que da título a la novela de Maria Barbal. Las viviendas de la calle Bolívia son casitas bajas construidas por obreros en los años veinte del siglo XX. Constituyen el núcleo más antiguo de la zona.

«El barrio se estaba llenando de gente y, aunque pasaban los años, todavía dominaba en él el olor a polvo y a cemento. [...] En los flamantes edificios empezaban a abrirse las primeras grietas, y nuestra calle Bolivia, junto con Marruecos y las paralelas, formaban un extraño y diminuto oasis, viejo, entre bloques gigantescos. Seguían llegando familias que huían de lugares peores que el Besós y que allí conseguían mejorar. Tras años de duro trabajo habían conseguido pagar la entrada para el pisito. Más tarde descubrirían que en los alrededores no había escuelas, ni parques, ni ambulatorios, que escaseaban las tiendas y que lo único que proliferaba en la zona eran los bares, ruidosos y sucios, llenos a rebosar a todas horas, amenizados a intervalos con el tintineo de la maquinita del millón».

Maria Barbal, *Calle Bolivia*

La primera piedra del barrio se colocó el 23 de septiembre de 1959, en un acto integrado en las tímidas celebraciones de la Mercè de entonces. Poco más de un año después, en diciembre de 1960, ya se entregaron las llaves de las primeras 536 viviendas. Como queda plasmado en la novela de Barbal, la constancia de las obras era tal que el silencio del fin de semana se esperaba como el santo advenimiento:

> «Recuerdo una tarde espléndida. Los domingos paraban las obras de los bloques de los alrededores, no había ruido de hormigoneras ni picos ni camiones ni, por supuesto, voces de obreros. [...] Salimos al terrado y estuvimos un buen rato apoyados en el barandal blanco respirando el aire. Néstor fumaba y hablaba de su sueño, Linares, un sindicato obrero que funcionase. En aquellos tiempos, la calle Bolivia y las cuatro que la rodeaban formaban una isla. Alrededor, un océano de tierra o de barro, ya ves tú».
>
> **Maria Barbal**, *Calle Bolivia*

Volvemos a la rambla de Prim, la cruzamos y nos dirigimos a la calle Lluís Dalmau, que recorreremos hasta llegar a la calle Alfons el Magnànim. Empezamos a bajar en dirección al mar hasta Cristóbal de Moura. Tiramos por ella, dejamos a mano izquierda el parque del Besòs y pasamos bajo las vías del tren y la Ronda Litoral hasta llegar a una rotonda. A mano izquierda, la avenida La Catalana nos conducirá hasta el río Besòs.

11.

Avenida La Catalana

Hemos iniciado el recorrido junto al mar y lo acabamos ante el río que da nombre a este barrio: el Besòs. Hay quien dice que el nombre procede de bis, «dos veces» en latín, y de saucio, «salzeda»: el río de las dos salcedas. Este río se incluye como un personaje más en la novela Los príncipes valientes, de Javier Pérez Andújar. El autor describe el paisaje que rodea a este río en la zona de su desembocadura al mar:

«Le decimos leer y somos nosotros, que corremos entre los bloques de edificios, y sacudimos los troncos de los árboles empapados de lluvia, y cazamos a las arañas en sus telas, y recogemos cascos de botellas de leche y de botellas de champán, y buscamos cobre, bobinas de cobre caídas entre las matas que crecen en los solares, y junto a los huertos, y al sol de las escombreras que hay al lado de cualquier obra. Somos mi amigo y yo, mirándolo todo, palpitando y leyendo a la vez, y haciéndonos tenaces con la tenacidad de las ortigas, de los amarantos, de las malvas que nacen al borde de las vías del tren, o en los basureros, o al pie de los muros de las fábricas, y embebiéndonos del salvajismo de los juncales y de las mimbreras de la orilla del río e infiltrándonos del vértigo

de las torres eléctricas. Y todo esto lo vamos a creer lectura en nuestro leer interminable, sin reparar en que al mismo tiempo estamos latiendo como palpita con su pulso regular una estrella de neutrones o gira despaciosamente la blanca luz de un faro. Porque lo que hacemos es respirar, ser cada uno de nosotros a todas horas, hablar con inquietud y mirar con los ojos muy abiertos, por ejemplo, cuando entramos en el cuarto modesto de la biblioteca de la escuela, y nos detenemos indecisos ante un puñado de libros ilustrados, ordenados en sus estantes metálicos de tuercas y orificios, por los que asoman los extremos de los volúmenes más altos. Así partimos en busca del secreto de las tardes, y marchamos a la captura de la claridad de estos días, y juntos atravesamos la quietud del colegio, y a todo eso también vamos.»

Javier Pérez Andújar, *Los príncipes valientes*

Un mapa literario de Barcelona

Mapa 10

Barcelona Ciutat de la Literatura UNESCO

bcnliteratura
@bcnliteratura
bcnliteratura
barcelona.cat/ciutatdelaliteratura